

*VIAJE EN LAS REGIONES SEPTENTRIONALES DE LA PATAGONIA  
1862-1863, DE GUILLERMO COX: LOS LÍMITES MÓVILES O UNA  
RESIGNIFICACIÓN DE LA FRONTERA*

*A TRIP IN THE SEPTENTRIONAL REGIONS OF PATAGONIA  
1862-1863, BY GUILLERMO COX: MOVING LIMITS OR A  
RESIGNIFICATION OF THE BORDER*

Patricia Poblete Alday  
U. Academia de Humanismo Cristiano  
ppoblete@gmail.cl

RESUMEN

Desde el análisis de las estrategias descriptivas y narrativas que componen el relato de viajes, en el presente artículo nos interrogamos sobre el valor literario de esta obra, más allá de su reconocido valor utilitario (político, científico, documental). Desde allí, se reformula y expande el concepto de frontera, para comprenderla más como una experiencia que como un espacio geográfico.

PALABRAS CLAVE: Guillermo Cox, narrativa de frontera, viajes de exploración, siglo XIX, Chile.

ABSTRACT

Starting from the analysis of descriptive and narrative strategies that characterize the travel narrative tradition, this paper questions the literary value of this work, beyond its well known utilitarian value (political, scientific, documentary). From this point, the concept of border is reformulated and expanded, allowing readers to understand it as an experience rather than a geographic space.

KEY WORDS: *Guillermo Cox, Border narrative, Exploration trips, 19th century, Chile.*

*Recibido: 3 de agosto de 2015*

*Aceptado: 14 de octubre de 2015*

Puestos sobre la triangulación “crónicas de viajes”, “autores chilenos” y “siglo XIX”, el primer resultado —penosamente para muchos, el único— será *Recuerdos del pasado* (1882), de Vicente Pérez Rosales. Su hegemonía, apuntalada primero por la venia de críticos como Alone, y luego por la lectura obligatoria en los colegios, ha dificultado que otras obras similares alcancen notoriedad. Es el caso de *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia 1862-1863*, de Guillermo Cox; referencia obligada para historiadores, pero casi desconocida para el lector no especializado.

Las pistas que nos llevan a ella, de hecho, son escasas. La más reciente la proporciona Pablo Huneus, bisnieto del autor, en su libro *Patagonia mágica* (1999), donde refiere, precisamente, el periplo de su antepasado, el “tata Guillermo”. La segunda es más oblicua: proviene de una carta de Pablo Neruda a Alone, donde junto con ponderar el libro, informa de sus gestiones para reeditararlo y solicita información complementaria por parte del crítico. “Es tan bueno, a veces, como Pérez Rosales, con aventuras fantásticas del mundo que ya terminó, contadas por este hombre con ingenuidad, curiosidad, y valor personal”, señala el poeta, según lo que Alone reproduce en su columna “La muerte de Pablo Neruda”<sup>1</sup>. Nótese, además, que la comparación con *Recuerdos del pasado* remarca la posición casi hegemónica de esta última dentro del imaginario lector, según lo indicado en el párrafo precedente.

Publicado por primera vez en 1863, el *Viaje...* narra la aventura de Guillermo Cox Bustillos en el sur de Chile, empeñado en abrir un corredor bioceánico entre Chile y Argentina por el Nahuel Huapi. A Cox se lo reconoce, de hecho, menos por haber sido el primer administrador en la provincia de Llanquihue, que por ser el primer hombre blanco que navegó el Nahuel Huapi. Sus observaciones tuvieron enorme valor y repercusión, en tanto ayudaron a llenar vacíos en el mapa austral, y a configurar el trazado político de las recientes naciones chilena y argentina, según señala el historiador Pedro Navarro en el estudio preliminar a la obra de Cox.

Guillermo Eloy Cox Bustillos (1828-1908) fue uno de los nueve hijos de Nataniel Cox Lloyd, médico y marino galés quien, en 1814, siguiendo a lord Thomas Cochrane, se estableció en Chile y acompañó a O’Higgins en la lucha por la independencia. Nataniel Cox fue uno de los fundadores de la primera escuela de medicina de nuestro país, creada por decreto del Presidente José Joaquín Pérez en 1833 (futura facultad de la Universidad de Chile, en 1842). Aunque su hijo Guillermo también siguió estudios de medicina, optó por seguir una carrera política y diplomática; con el apoyo del presidente Manuel Montt, Cox Bustillos se dedicó principalmente a promover la colonización de la Patagonia Norte. Tras la aventura que aquí se narra, el Congreso de Chile le concedió, por ley del 3 de septiembre de 1863, la suma de 1.500 pesos para

---

<sup>1</sup> El texto de Alone fue publicado en *El Mercurio* de Santiago, el 25 de septiembre de 1973. Agradezco a Darío Oses su valiosa ayuda para conseguir los datos de su publicación.

compensarle la pérdida de su equipo en el naufragio del Limay. Vivió habitualmente en Concepción, y ejerció el viceconsulado de Suecia y Noruega en Talcahuano.

El proyecto inmediato de Cox era la colonización de la zona adyacente al Nahuel Huapi. Para ese fin, su texto aporta información sobre las vías de acceso, la posibilidad de navegar la cuenca del río Negro, los recursos disponibles, los intereses y relaciones entre las agrupaciones indígenas locales y las autoridades, así como entre los mercados chilenos y argentinos, y la conveniencia de establecer una misión. Todo ello con miras a lograr, a mediano plazo, la conexión entre Pacífico y Atlántico. Consciente del valor de su gesta (que ya había intentado en los primeros meses de 1857), Cox declara explícitamente en su diario su propósito de contribuir a la exploración y colonización de la Patagonia norte, destacando su interés científico, mercantil y humanitario.

Heredera de toda una tradición de literatura de viajes y colonización, la obra de Cox, sin embargo, desborda con mucho los márgenes del simple registro<sup>2</sup>. Tras identificar los puntos más relevantes de esta vinculación genérica, en las próximas páginas procuraremos establecer las particularidades narrativas de su *Viaje...*, con miras a ponderar el mérito literario que subyace bajo su reconocido valor histórico, geográfico y político.

## DOCUMENTO Y RELATO

Sabemos que el relato de viaje posee dos facetas: la documental y la literaria (Carrizo). A diferencia de quienes señalan la preponderancia de la primera, entendiéndola de manera clásica como oposición a la acción (cf. Albuquerque García), Sofía Carrizo propone que en estos textos la descripción adquiere una función rectora no “pese” a su pasividad, sino porque en ella reside, precisamente, el valor narrativo: “[...] las descripciones no ‘empujan’ hacia adelante sino que ‘retienen’ la atención del receptor, pues actúan como adjetivos que van revelando todo lo relativo a una ‘imagen de mundo’ que el discurso asume como escritura de cierto espacio recorrido” (20). Junto a ello, la aparición de personajes a lo largo del viaje, y la inclusión de historias vividas o referidas por otros, aun siendo narraciones, cumplirían una función descriptiva, ya que buscan proporcionar nuevos elementos sobre distintos aspectos del paisaje visitado, que sería

---

<sup>2</sup> Para no desmerecer su altísimo valor documental, señalamos aquí que la obra de Cox fue traducida al inglés casi de inmediato por sir Woodbine Parish (diplomático británico asentado en Buenos Aires desde 1825 a 1832, también explorador, quien inspeccionó gran parte de los Andes bolivianos) y publicada, en 1864, por la Royal Geographic Society de Londres. El *Viaje...*, además, fue referido por la prestigiosa revista alemana *Petermanns Mitteilungen*, donde se publicaron todos los descubrimientos geográficos importantes de los siglos XIX y XX.

el centro regulador del texto. Los relatos de viaje, entonces, no llegarían a formar líneas narrativas, sino imágenes de mundo; incluso aunque en su interior parezcan formarse tenues hilos argumentales, estos “[s]e quedan en embriones de narración, fagocitados por el dominio contundente del despliegue descriptivo” (26). Estos hitos climáticos o “situaciones de riesgo narrativo” (27), detonarían expectativas en los receptores, precisamente en virtud del conocimiento del entorno que la descripción ha posibilitado.

El periplo de Cox, de hecho, adquiere el rango de aventura gracias al complejo escenario en el que se desarrolla. Complejo no solo por sus adversas condiciones climáticas (bajas temperaturas, tormentas, nieve), que en buena medida determinan el avance y el ritmo de la exploración, sino también, y sobre todo, por el intrincado juego de movimientos que supone el tránsito por un territorio misterioso, que se rige por sus propias leyes, según veremos con detalle en el siguiente apartado.

El territorio referido abarca desde Puerto Montt, sede de la provincia de Llanquihue, donde Cox oficia como administrador, y punto inicial de la aventura, hasta Valdivia; de allí hacia el oriente, cruzando el Nahuel Huapi hasta el río Limay (que surge de la confluencia del lago con el río Negro), sobre el cual Cox pretendía llegar hasta Carmen de Patagones (o Patagónica). El torrente del río los hace naufragar y la expedición retorna a Valdivia vía terrestre, por Maihue. Allí recuperan fuerzas para reemprender el viaje. En este segundo intento, sin embargo, el fracaso no es achacable ni al clima ni a la geografía: son los mismos indios, pehuenches y huilliches, quienes les impiden el paso hacia Patagónica, por lo que Cox y sus hombres deben abandonar la empresa y regresar, una vez más, a Valdivia.

El paisaje, tanto el natural como el humano, constituyen amenazas latentes para el afuerino. La belleza y grandiosidad del entorno encubren una fuerza feroz y despiadada; y ambas facetas se revelan casi simultáneamente, aturdiendo al viajero. Lo observamos en la descripción del río Peulla, en las cercanías de Petrohué y el límite con Argentina; en cuarenta y ocho horas, el paisaje de ensueño se torna una pesadilla que anuncia la tragedia del naufragio:

El Peulla corría a mis pies con un agradable murmullo; preciosos picaflores con el pico agudo sumido en el cáliz de las flores para chupar su jugo hacían oír el ruido de sus pequeñas alas (Cox 59, anotación del 23 diciembre de 1862).

La abertura que da salida al Peulla sería la boca de un monstruo horrible, los dientes, las puntas de hielo que la guarnecen, y la melena, los hilos de agua que caen de la cima. La colina amarillenta sería el lomo; los grandes ruidos, los rugidos rabiosos del monstruo, que teme se le arrebatase a su presa (62, anotación del 25 de diciembre de 1862).

La peligrosidad de los indios, en cambio, se manifiesta con claridad rotunda en su fisonomía, según el prejuicio racista. Así, el cacique Paillacán es descrito de entrada

como un hombre de “ojos colorados y [el] pelo desgredado” (94); de Trureupan se anota que es “un verdadero hombre globo” (106) y que tiene una barba que se confunde con “los pliegues de su monstruosa barriga” (107); mientras que Llanquitrue “tenía una figura imponente y de frente desarrollada; su rostro, aunque feo, era dotado de mucha expresión de franqueza y audacia” (185), acorde con su carácter belicoso. Y los pehuenches, en general, nota Cox que “[...] tienen un tipo que se acerca más al de los araucanos: cara aplastada, juanetes salientes, tinte cobrizo, mirada feroz, narices cortas, boca prominente, barba pelada y cabellos espesos, pero se los cortan en el hombro” (176). Ya desde la descripción, belleza natural y fealdad humana constituyen el contrapunto estético de la frontera, comprendida menos como un límite geopolítico —no totalmente establecido en la época— que como una zona inespecífica, móvil e inaprehensible, en la cual los embriones narrativos se desarrollan, y en relación con la cual adquieren su plena significación.

## NARRATIVA Y DRAMATURGIA

Pese a que fracasó en su intento de llegar a Patagónica, la expedición de Cox tuvo el gran mérito de adentrarse en la zona oriente del Nahuel Huapi, que hasta entonces permanecía inexplorada. Antes de él, en 1855, Vicente Gómez y Felipe Geisse, enviados por el intendente Pérez Rosales, habían entrevisto el lago y sus alrededores. Al año siguiente, dos colonos alemanes de Llanquihue, Ferdinand Hess y Franz Fonck, intentaron adentrarse aún más. Guiándose por sus escritos<sup>3</sup>, en 1857 Cox reanduvo el itinerario de todos ellos, por el seno de Reloncaví y el paso de Bariloche. Al desconocimiento de la zona se sumaba la leyenda negra que la rodeaba, en tanto también había sido el camino recorrido por los jesuitas de Chiloé, que en el siglo XVII intentaron cruzar hacia el este con el afán de levantar una misión, y que habían “pagado con sus vidas el haber develado el secreto de la cordillera” (Navarro y Nacach 52).

La expedición de Cox de 1862, entonces, se realiza con un horizonte de expectativas relativamente claro. Su viaje —su texto— pretende terminar de trazar un mapa/narrar una historia allí donde otros la han dejado inconclusa. El viajero es consciente de los imperativos económicos, políticos y científicos que orientan su periplo, pero también sabe que su aventura —su texto— rebasa lo meramente documental, lo que se desprende de la explicación que da sobre el porqué persiste en su intento por llegar a Carmen de Patagones:

---

<sup>3</sup> El “Resultado de la expedición de Puerto Montt a la banda oriental de la Cordillera Nevada”, de Franz Geisse, se publicó en la edición del 21 de julio de 1855 de *El Araucano*. En tanto, el “Informe sobre la expedición a Nahuelhuapi”, de Franz Fonck y Ferdinand Hess, apareció en la edición del 3 de mayo de 1856, de la misma publicación.

Además de que había empeñado mi palabra, el atractivo del viaje hasta el Carmen, las ventajas que a mi parecer reportaría la geografía de esos países tan desconocidos, el vivo deseo que tenía de volver a ver el lugar del naufragio y el confluente del Limay, y también debo confesarlo, la importancia que los peligros mismos daban a la empresa, tuvieron mucha influencia en mi espíritu (118).

Junto con su disposición a la acción, Cox conoce bien la diferencia entre descripción utilitaria y narración literaria, lo que se evidencia no solo en las licencias poéticas que se permite al referir admirativamente un paisaje, sino en la serie de marcadores textuales que indican el cambio entre una y otra estrategia (“Volvamos ahora a tomar el hilo de la narración”); en el recurso de la narración retrospectiva y prospectiva (que revela la distinción y el manejo de los tiempos del relato); y en el hecho de que las observaciones de carácter más científico se ubiquen separadas, en la tercera parte del texto.

En esta última, el tono enunciativo se vuelve más impersonal y académico (se recurre mucho al latín, para dar cuenta del nombre científico de flora y fauna), y el texto se fragmenta en pos del imperativo racional del catálogo y las listas (elaboradas en colaboración con el geólogo francés Amado Pissis, en el caso de las piedras; y por el biólogo alemán Rudolfo Philippi, para el caso de las plantas y animales). Cox rotula sus hallazgos: Orografía. Hidrografía. Geología. Botánica. Animales, aves, reptiles, peces, insectos. Clima. Idiomas. Y cierra con una breve exposición que contiene las conclusiones de su empresa (insistiendo, pese a su fracaso, en la factibilidad de abrir el mentado corredor bioceánico), a la vez que la pondera, al situarla en el mapa de las conexiones geográficas intercontinentales que posibilitan el comercio y el progreso de los pueblos. Por ello, pese al talante académico y el lenguaje escueto de esta tercera parte, la conclusión del diario establece una sintonía estructural con su introducción, donde Cox vincula su aventura por el Nahuel Huapi con toda la tradición de expediciones por la cordillera de los Andes, que se inicia con la búsqueda de la Ciudad de los Césares, a mediados del siglo XVI. En los cuatro capítulos que componen esta Introducción, Cox repasa además los viajes por la zona que le antecedieron y los textos publicados sobre ella.

Así como en la descripción es la naturaleza la que ofrece “hitos climáticos”, al imponer obstáculos a los viajeros; con la narración las situaciones de riesgo surgen desde el contacto con “los otros”; los indígenas. Pehuenches y huilliches son dueños y guardianes de los pasos fronterizos, a la vez que intermediarios y participantes en el circuito ganadero que comenzaba en Buenos Aires, “en una compleja red de relaciones nunca bien conocida ni controlada por los centros de poder coloniales” (Navarro x). Esto es: el peligro del indio radica, más que en su notoria y descrita ferocidad, en la serie de intereses personales y alianzas estratégicas, oblicuas y ocultas, que motivan su accionar, y que lo vuelven un interlocutor escurridizo y poco confiable.

Se genera, así, una suerte de “puesta en escena” en las regiones recorridas, donde todos desconfían de todos, y cada uno es consciente del papel que desempeña y de las múltiples facetas que exhibe, o no, según lo requiera la situación. Así, Cox y su compañero Enrique Lenglier, se ven forzados a borrar sus señas de identidad *huincas* para no despertar la animosidad ni la codicia de los caciques. Para ello recurren —entre otras cosas— a disfraces, barbas (“no suelen usarla mis paisanos” (107)) y cinturones de cuero “guarnecidos de bolsillos, que escondidos bajo el poncho, estaban al abrigo de las manos inquisidoras de los indios” (118). Exageran el acento extranjero al hablar español (Cox era descendiente inglés; Lenglier, francés). Fingen ser aventureros excéntricos que solo buscan trabar amistad con los pehuenches. Se sirven de los instrumentos musicales para encandilar a los indios:

Aprovechándome de la confusión, saqué de la mochila el flageolet y me puse a tocar; sorprendida la gente y principalmente el cacique, me escucharon un poco y luego el viejo me pidió el instrumento y lo hizo sonar; enseguida me hace señas para que vuelva a tocar. [...] Por la satisfacción con que me oía el cacique y por la diferente expresión que tomó su cara comprendí que me había salvado (97).

Promesas no cumplidas, lealtades traicionadas, intenciones encubiertas, rumores malintencionados; todo ello condiciona la voluntad de los viajeros y determina su recorrido. Los indios toman rehenes entre los peones de Cox, como modo de asegurar su regreso y la entrega de regalos; Cox trata con amabilidad forzada a Pascuala, la favorita del cacique Paillacán, solo con la intención de que ella lo beneficie con comida y le ayude a ganar el favor de aquel; los indios roban las pertenencias de los exploradores al primer descuido; con engaños y promesas de llevarle ropa, Cox logra que Antileghen le permita tomarle las medidas, con la finalidad de dar cuenta detallada de ellas en su texto, ya que este indio “era un tipo perfecto de su raza” (176). Ejemplos como estos abundan a lo largo del diario del administrador de Llanquihue; el engaño y la simulación se presentan a cada momento de su viaje como estrategias básicas de sobrevivencia, tal y como se desprende del encuentro con Paillacán:

[L]e saludé dándole la mano y él escondiendo la suya, no me contestó. Atemorizado con esta manifestación tan poco urbana me quedé de pie, confundido, sin saber qué decir; transcurrieron así algunos segundos; ninguna de las indias se movía; se sentó luego el cacique; me quité de los hombros la mochila e hice lo mismo; a una seña del viejo se sentó el español cerca de mí; entonces con una voz ronca y colérica principió el cacique un largo discurso. Mientras él hablaba, yo pensaba en las contestaciones que le iba a dar, no era posible decirle cuál era mi nacionalidad ni el objetivo de mi viaje, porque era lo suficiente para perderme; [...] decidí pues, no decir la verdad. Al transmitirme el lenguaraz las preguntas

sobre quién era, y de dónde venía, le contesté que era inglés, marino, en viaje para Patagonia (así llaman ellos al Carmen) y después a Buenos Aires con el objetivo de dar un poder a un hermano que allí tenía para cobrar de Inglaterra un dinero heredado(94).

En este contexto, las miradas se vuelven elocuentes. Posiblemente uno de los gestos más característicos de la dinámica relacional que aquí se describe sea la observación evaluativa del otro, como preámbulo al movimiento estratégico. Asimismo, los silencios adquieren una carga semántica espesa, sobre todo cuando se trata de secretos a voces o mentiras reveladas, pero cuyo conocimiento no conviene confesar. Por ejemplo, las prácticas abortivas de Pascuala son de dominio público, aunque nadie habla de ellas (179), así como tampoco de su infidelidad a Paillacán con Celestino Muñoz, dragón de la guarnición de Carmen de Patagones, en las tolderías al norte del Nahuel Huapi, que ha sido enviado por el gobierno argentino para establecer tratados de paz con los indios.

La figura del lenguaraz, en vez de facilitar los intercambios, representa otra fuente de conflictos. Montesinos, enviado para tal efecto por el gobernador de La Unión, falsea información respecto a los planes de los exploradores, avivando las sospechas y la animosidad de los caciques. Irónicamente, el traductor, “como todos los indios no decía sino lo que quería decir” (131). Del mismo modo, Melipán miente a los indios, al asegurarles que el aguardiente que lleva Cox está envenenada, y que se proponía matar con ella a los caciques pehuenches (siendo que el alcohol es utilizado como ofrenda ritual para ganarse la amistad de los caciques y lograr la liberación de los rehenes). Pero incluso la información veraz, traspasada en forma extraoficial o de rumor, altera la convivencia y modifica el curso de las acciones:

[...] al día siguiente me contó el lenguaraz Dionisio, que Inacayal y Huinchahual habían hecho sangrientos reproches a Paillacán sobre su conducta para conmigo e Inacayal, que Paillacán no hizo más que repetir que hubiera hecho mejor matándonos la primera vez [...] (165).

A la noche volvió Inacayal; tuvo un coloquio muy solemne con su padre. Dionisio estaba presente; concluida la plática, yo quise hacer algunas preguntas a Dionisio, pero me contestó que no le interrogase para no excitar la desconfianza de Inacayal y de su padre, que todo lo que me podía decir era que sus dos indios de la toldería habían venido a decir cosas que hacían muy crítica nuestra posición. Se puede concebir si pasé una noche tranquila (189).

Por último, el parlamento como instancia de negociación característica de la zona, condensa todos sus personajes y sus motivaciones: indios de distintas partes de la Patagonia y la Pampa; mestizos oficiando de lenguaraces; pastores; mediadores



políticos; chasques; mujeres propias y ajenas; traficantes de ganado; tráfugas; y los mismos Cox y Lenglier. Esta diversidad, de por sí conflictiva, se vuelve caótica al sumarle el factor etílico: aguardiente.

Entonces, todos se soltaron a hablar sin escucharse; la confusión llegó a ser general. Unos hablaban araucano, otros pampa, otros se interpelaban en la lengua ruda de los tehuelches [...] La mujer de Agustín cantaba palabras ininteligibles en un tono monótono y lento. Su hija aprovechaba la vecindad de Lenglier, que es muy fumador, y la ebriedad de su madre para entregarse sin reserva a las delicias de numerosas cachimbas [...] (157).

Los perros, excitados por el bullicio general, aprovechaban la inatención de todos para robar los pedazos de carne colgados en los toldos, mezclando sus ladridos a los clamores de los indios; hasta los gallos y gallinas, todos estaban en revolución. En fin, había una cacofonía como no se debió haber visto nunca en el arca de Noé, cuando todos los habitantes de pelo y pluma ejecutaban sus monstruosos conciertos (158).

Dada su afición al aguardiente, este constituye el punto débil de los indios; no solo porque son capaces de intercambiar un caballo por dos botellas de destilado, sino porque la borrachera los vuelve vulnerables al engaño. El alcohol está en la base del asesinato del cacique Llanquitrue, a manos de soldados argentinos; de la fama de ladrones de los tehuelches (que saquean embarcaciones para cambiar víveres por aguardiente); de los súbitos ataques de generosidad de los indios y, en general, de su falta de voluntad:

Entre gente cristiana, la mujer nunca deja de reñir a su marido cuando vuelve ebrio a su casa; aquí no. Las chinas están acostumbradas a ver frecuentemente a sus maridos en guerra abierta con la temperancia y el equilibrio; y lejos de reñirles, los atienden mucho, les traen pellones para que se acuesten, les desensillan el caballo y procuran hacerlos dormir; tampoco tendrían el derecho de reconvenirlos desde que ellas mismas son tan aficionadas al aguardiente y suelen acompañar a sus maridos a beberlo (153).

El aguardiente transforma a los imponentes caciques en hombres débiles y patéticos. Borracho, Huinchahual declama discursos grandilocuentes que nadie escucha (157). Borrachos, Antinao, un indio rico, y Quintunahuel, hijo de Paillacán, cabalgan apenas sosteniéndose (105 y 98, respectivamente). Borrachos, Antileghen y Paillacán bailan ensimismados hasta caer rendidos e inconscientes (157-58). Borrachos, en fin, los indios son capaces de dormir a la intemperie y ser medio devorados por los perros, sin sentir sus propias heridas (158).

La intemperancia tiene, además, la consecuencia de llevar al extremo el juego de identidades postizas y filiaciones móviles. El aguardiente resulta ser un arma de doble filo para los exploradores, porque si bien les es útil para ganarse el favor de los indios, no les garantiza que aquellos mantengan las promesas que han realizado bajo sus efectos. Es lo que sucede con Paillacán, quien ha ofrecido franquear el paso de Cox hacia Patagónica a cambio de la liberación de algunos de sus hombres, detenidos en Valdivia. Sin embargo, luego del destape de un barril de aguardiente y la borrachera descomunal que se ha citado fragmentariamente (157-158), el cacique se desdice, cuestionando la validez del salvoconducto que porta el viajero, y exigiéndole, a cambio del paso, que rescate a su antigua mujer, Aunacar (raptada cuarenta años atrás por los huilliches), y que le consiga un freno, una silla plateada y estribos de plata (160).

Esta volatilidad natural de los indios es la que, finalmente, decidirá el fracaso de la expedición de Guillermo Cox, a pocos días de emprender el paso hacia Patagónica. Caciques que antes se mostraban bien dispuestos a su viaje, cambian de idea y exigen su expulsión inmediata de la zona. El riesgo de un levantamiento generalizado es grave en el contexto de las negociaciones para la pacificación. Tras la amenaza, al final del diario, leemos que tanto Inacayal como su padre, el cacique Huincahual —quienes, precisamente, antes se habían opuesto con ferocidad a la hospitalidad de Paillacán para con Cox (165, *vid supra*)— ahora lo apoyan, le ayudan a huir y le prometen facilitar su expedición para el año siguiente (202). En este punto, las caretas e imposturas caen, no solo por lo conmovedor del gesto y la inminencia de la despedida, sino porque al separarse indios y chilenos, ya no tiene sentido continuar fingiendo:

Me despedí del viejo Huincahual y del tío Jacinto; las mamas [sic] Dominga y Manuela estuvieron a punto de derramar lágrimas. Inacayal, Dionisio y Celestino me vinieron acompañando hasta el otro lado del Culeufú donde se hallaba Huentrupán a caballo. Entonces Lenglier y yo, no sin una cierta emoción, apretamos las manos de Inacayal, Dionisio y Celestino y dando espuelas partimos a toda carrera (202).

La reincorporación al “mundo civilizado” se hace de forma gradual en los siguientes días: del 20 al 24 de marzo, a medida que se acercan a la ciudad, van reencontrándose con aquellos que habían visitado dos meses atrás, cuando hacían el camino de ida. En Arique, en un gesto tan necesario como simbólico, se despojan de la ropa de pehuenches que han llevado durante la travesía. Ya vestidos “de cristianos” (204), esto es, vueltos a su “verdadera” identidad, entran a Valdivia el día 25, donde todos los daban por muertos.

## CONCLUSIONES

Según hemos visto, el *Viaje...* de Cox se caracteriza, más que por la supremacía de la estrategia descriptiva que singulariza a los libros de viajes, por la particular combinación de descripción y narración, donde ninguna posee más relevancia que la otra. Dicha imbricación, consciente y cuidada por el autor, permite que, más allá de su importancia documental, el relato adquiera, además, un valor literario. No nos referimos únicamente a la dimensión estética del texto, sino al hecho de que su sentido último remonta lo utilitario para modificar, a nivel simbólico e imaginario, el espacio que refiere.

Ese espacio, como también ya hemos enunciado, es el de la frontera. Espacio de demarcaciones geográficas y políticas; de mezcla de etnias y lenguajes; de intercambio económico y choque/fusión de idiosincrasias. Pero también, tierra de geografía tan bella como traicionera, de clima inclemente y bordes difusos. Descripción y narración permiten, en el relato de Cox, percibir la frontera más allá del límite que marca y de la hibridez cultural que propicia. La frontera es, aquí, laberinto y encrucijada; nudo de caminos; un acertijo sin lógica definida; un pasillo de espejos deformantes; un baile de máscaras tan llamativo como aterrador. Elocuente, en este sentido, es la escena de la cacería, casi al final del diario, con la que Inacayal intenta distraer al viajero del mal clima que se ha creado en torno a su aventura:

Ejecutándose el movimiento, marchaba la caballada en una línea de una cuadra de largo, haciendo resonar el suelo con el choque de sus patas, ruido sordo, al cual se mezclaba el sonido de los cencerros pendientes al cuello de las yeguas, guías de la columna; parecía un escuadrón tomando la distancia para cargar al enemigo, y los indios galopando a rienda suelta en el llano, los edecanes portadores de órdenes; sobre los caballos, en el aire, como en un campo de batalla, describían sus órbitas inmensas repugnantes jotes, esperando el fin de la pelea para hartarse de cadáveres, que en este caso iban a ser los desperdicios de los guanacos y avestruces (197).

La polvareda que sigue al ataque envuelve a hombres y animales en una suerte de danza caótica y sangrienta. La adrenalina de la matanza parece condensar y liberar toda aquella fuerza bruta que a lo largo de la aventura ha permanecido latente, agazapada tras la simulación. Luego de su estallido, los hombres quedan exánimes, ahitos de la carne que acaban de cazar. Los dos días siguientes son de descanso y esparcimiento, diríase de normalización, antes de regresar a los toldos de Huincahual, donde se enteran del levantamiento de los caciques contra Cox. Este abandona la zona ese mismo día, pero el peligro de la frontera se manifiesta hasta el final: tras cruzar el Nontué el 18 de marzo (actual paso Hua-hum), el paisaje comienza a cubrirse de nieve y los ríos se muestran crecidos y turbulentos, amenazando con dejar atrapados a los viajeros en

aquella tierra de nadie. Luego: lluvia torrencial y tormenta eléctrica; “el aire retumbaba con los truenos que repetían los ecos de la cordillera” (204). Finalmente, el 21 de marzo, lo escueto de la anotación da cuenta del desgaste que ha implicado para los viajeros regresar a los terrenos conocidos; ese día, el diario solo registra la siguiente entrada: “Descansamos en Arsquihué” (204).

Una vez recorrida, y mirada en retrospectiva, la frontera acaba por mostrarse menos como un territorio que como una experiencia, violenta y extrema. Un movimiento centrífugo, en tanto nos arranca de nuestro eje y nos arroja al contacto con el otro-desconocido; pero también cetrípeto, en la medida en que nos confronta con nuestras propias certezas, creencias y valores. Una experiencia límite, sin duda, pero de límites móviles, que en su salvaje y perversa inestabilidad amenazan con dejarnos a la intemperie, sin márgenes ni órdenes de los cuales asirnos. Más que en su estilo cuidado o en su vuelo poético, el valor literario de la obra de Cox se establece en el momento en que nos deja entrever lo numinoso de esa experiencia.

## BIBLIOGRAFÍA

- Albuquerque García, Luis. “Apuntes sobre crónicas de Indias y relatos de viajes”. *Revista Letras* 57-58 (2008): 11-23.
- Carrizo, Sofía. *Poética del relato de viajes*. Reinchenberger: Kassel Edition, 1997.
- Carrizo, Sofía (ed.). *Escrituras de viaje. Construcción y recepción de ‘fragmentos de mundo’*. Buenos Aires: Biblos, 2008.
- Cox, Guillermo. *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia. 1862-1862*. 1863. Santiago: Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, 2012.
- Huneeus, Pablo: *Patagonia mágica. El viaje del tata Guillermo*. Santiago: Nueva Generación, 1999.
- Navarro, Pedro. “Guillermo Cox y su *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia*”. Estudio previo. En Cox, Guillermo. *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia. 1862-1862*. Santiago: Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, 2012. 9-36.
- Navarro, Pedro y Nacach, Gabriela. “Entre indios falsificados, novias raptadas, cautivos y traficantes de aguardiente: Guillermo Cox en el norte de la Patagonia, 1862-1863”. *Cuadernos de Historia* 23: 51-75.



Retrato de Guillermo Cox. Colección privada.

VIAJE  
EN LAS  
REJIONES SEPTENTRIONALES  
DE LA PATAGONIA,  
1862—1863,

FOR  
Guillermo L. Cox  
(CON UN MAPA.)



SANTIAGO DE CHILE,  
—  
IMPRENTA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA, NÚM. 46.  
— Noviembre de 1863. —

Primera edición de *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia, 1862-1863*, publicado en 1863.